

Ajedrez a vida o muerte

El escritor rumano de origen húngaro György Dragomán retrata una sociedad corrompida y deshumanizada por décadas de dictadura con una singular poética de la rudeza

El rey blanco

György Dragomán
Traducción de José Miguel González Trevejo
Barcelona. RBA, 2010
256 páginas. 19 euros

Por Cecilia Dreymüller

YATA TIENE 11 años cuando unos hombres en gabardina se llevan a su padre en una furgoneta. De esto hace ya meses, y en el colegio los chicos le dicen que nunca más lo volverá a ver porque está en el Canal del Danubio. El nombre de la obra faraónica nunca terminada del *conducator* Ceausescu es sinónimo de terror en la Rumania de los años ochenta —donde se ubica esta turbadora, contundente novela— pues se asocia al trabajo forzado y la muerte segura.

No podía ser más oportuna la publicación en España de *El rey blanco*, de György Dragomán —novela elogiadísima por la crítica internacional y traducida a 10 idiomas—, ya que coincide con el vigésimo aniversario de la caída del dictador. Una caída que, significativamente, apenas se ha celebrado en Rumania, como se ha silenciado todo lo relacionado con el paso del régimen comunista a la democracia; simplemente los antiguos compañeros de partido de Ceausescu se repartieron el poder. Hechos políticos no se tocan en la novela de Dragomán. Igual que en la narrativa de su compatriota Herta Müller, en este inquietante libro compuesto de 18 relatos se apunta hacia el efecto destructor del terror cotidiano, y su joven autor acomete el certero retrato de una sociedad corrompida y deshumanizada por décadas de régimen dictatorial.

Yata se niega a creer a sus compañeros, pero desde que desapareció su padre la vida se ha convertido en un infierno para él y su madre. “La zorra judía”, según su abuelo —el “camarada secretario de partido”—, tiene la culpa de la desgracia familiar, pues sigue empeñada en ignorar “qué buen país” les ha tocado vivir. Ese país ni se nombra ni se define en *El rey blanco*, y, sin embargo, a través de la nada inocente mirada del protagonista juvenil, se concretiza de forma escalofriante. Es un país en el que los niños tienen tanto miedo de la escuela que prefieren saltar a una zanja de cuatro metros y romperse el tobillo, antes de volver a clase. Es un país donde cualquier adulto les puede arrear un bofetón

que los hace rodar por el suelo, y donde el director del colegio amenaza con arrancarles la piel a tiras si en las celebraciones del 1 de Mayo no están todos cantando.

La infancia de Yata, este chico educado y espabilado que intenta desesperadamente suplir al hombre de la casa, es una continua lucha de supervivencia, en el sentido literal de la palabra. Y no sólo cuando durante los juegos, en el campo detrás del bloque de pisos, de repente se blanden cuchillos y vuelan bolsas de plástico con ladrillos dentro; en el mundo de los adultos tampoco rige ninguna ley, ni hay piedad: el entrenador de fútbol emplea una máquina con balón giratorio capaz de reventarles la cabeza a los chicos; los envía a entrenar al césped cuando éste está contaminado de radioactividad: estamos en 1986 y las nubes traen de Chernóbil su carga mortal. Y, no obstante, entrenan duro porque saben que si no ganan el partido, “don Gica nos haría pedazos los tobillos con la barra de hierro”.

György Dragomán, criado, igual que Herta Müller, en Rumania dentro de una represaliada minoría étnica, se sirve de medios narrativos más rotundos que la premio Nobel. Su hacha kafkiana para abrir el mar de hielo dentro de nosotros es ese argumento salvaje que arranca al lector desde la primera página de su acolcha-



da realidad y lo planta en el reino del trastorno. La cantidad de escenas brutales y momentos de vileza y traición acumulados en la primera mitad de *El rey blanco* resultan casi insostenibles. Pero Dragomán ha preparado concienzudamente su estrategia narrativa: en la segunda mitad



Bucarest, 1989, año de la muerte de Nicolae Ceausescu. Foto: John Vink / Magnum

del libro se abre una trampilla en el controlado realismo descriptivo de su novela que conduce al campo abierto de la ficción. Y allí también se les ha reservado un apartado a la belleza y la imaginación: fantástica la escena de la visita a la casa-museo del embajador, donde Yata se enfrenta a una partida de ajedrez con un aterrador robot, mientras intentan violar a su madre. El niño no gana a la máquina, como su madre no vence al sistema, pero le roba el rey blanco, y los dos salen, maltrechos pero vivos, de la prueba.

E igualmente inolvidable resulta la terrorífica batalla del campo de trigo, uno de los relatos más dramáticos de *El rey*

blanco, donde Dragomán despliega una espléndida fuerza épica. Y así, con un ritmo asombrosamente seguro, un estupendo sentido de humor y de la mano de una singular poética de la rudeza, la historia de Yata avanza *in crescendo* hacia un emocionante y grotesco final. Quién afirma que la literatura contemporánea ya no produce libros sustanciales, veraces, hermosos, no conoce las literaturas de los antiguos países del Este, y, sobre todo, no ha leído a György Dragomán. ●

El rei blanc. György Dragomán. Traducción de Dora Bacuz. Barcelona. La Magrana, 2010. 256 páginas. 19 euros.

Letanía de la desaparición

Por Ángel Prieto de Paula

POESÍA. EN APENAS un par de meses han aparecido en librerías tres títulos de Chantal Maillard (Bruselas, 1951), con textos en buena medida publicados con anterioridad. Es el caso de *Hainuwele y otros poemas*, un volumen que recupera el núcleo de su primera escritura, y singularmente *Hainuwele* (1990), que es para ella su libro “más querido”. Estamos ante una poesía que precede a ciertas realizaciones psicobiográficas que cuajarían en *Matar a Platón* (2004) y en *Hilos* (2007). *Hainuwele* concreta el desasimiento de lo propio mediante la entrega sacrificial al Señor de los bosques. En sentido contrario al de la construcción racionalista de una identidad, en la joven que así se inmola, aun sin la inhumación ritual por un coro de danzantes según el mito indonesio, se traslucen los patrones del despojamiento espiritual: “Todos tienen algún objeto precioso que ofrecer: / un cuenco de agua ne-

gra en que mirarse, / la piel recién curtida de un leopardo, / un hijo o un potro amado por los vientos. / Pero yo nada tengo salvo / las huellas de mis pies desnudos / en la tierra”. Cuando este desamparo se traduce en palabras, como sucede aquí, se llama poesía. Los “otros poemas” son asimismo producto de un rescate de sus escritos tempranos, recogidos en libros como *Poemas a mi muerte*, *Conjuros* y *Lógica borrosa*, los dos últimos relectura de, o diálogo con, los apuntes diarísticos de *Filosofía en los días críticos* (2001). El bosque de *Hainuwele* es el lugar de la inocencia originaria encarnada en los animales (así denominados porque tienen *ánima* o aire, y también *ánimus* o espíritu viviente). La sabiduría inconsciente de los animales, tan lejos de la pretenciosa intención humana de organizar el caos, es neutralizada por el hombre, que o bien los masaca o bien asiste impávido a su desaparición. De esto trata *La tierra prometida*, una letanía lírica enhebrada con muy pocas palabras entre la negación y la duda (“nun-



Chantal Maillard. Foto: Julián Rojas

ca tal vez aún apenas sea posible”), que se engarzan una vez y otra a lo largo del volumen, sólo alteradas por las incrustaciones ocasionales de los nombres de especies animales extintas, en vías de extinción o simple-

mente amenazadas: ballena boreal, hipopótamo enano, pinzón, ocelote, pelícano ceñudo... Dado que cada especie es la designación abstracta de seres concretos, lo que se nos presenta aquí es un rosario de estelas funerales, cada una de las cuales contiene, por su parte, un cementerio de individuos. Cierra este breve escaparate *Cual*, que inaugura la colección La Sirena Inestable, del Centro Cultural Generación del 27. Consta este libro-estuche de dos cuadernillos poéticos, una “tesela” con unos versos inscritos, más un DVD que registra a la autora leyendo sus composiciones. También *Hainuwele y otros poemas* ofrece la posibilidad de ver, y escuchar, a Chantal Maillard dando voz a unos poemas donde ensayó los trazos iniciales de una conciencia intestina que percibe el dolor sin la voluptuosidad de la tristeza y que escribe en el aire el cero de su nada; unos poemas abisales, desvalidos de retórica, que a pocos dejarán indiferentes. ●

Chantal Maillard: Hainuwele y otros poemas. Tusquets. Con un CD. Barcelona, 2009. 240 páginas. 16 euros. *La tierra prometida.* Milrazones. Barcelona, 2009. 96 páginas. 16 euros. *Cual.* Centro Cultural Generación del 27. Málaga, 2009. Dos cuadernos y un DVD. 100 páginas. 31,20 euros.